

y la ignominia de la cruz, y todo el rigor indecible de sus penas. ¡Oh! justicia y magestad de Dios! Entonces el Señor, viendose el oprobio de los hombres y abandonado de su Padre, se sintió penetrado de confusion, y lo sobrecogió un terror sumo, y se angustió hasta llorar, y se anonadó y tembló delante de la justicia y magestad de su Padre, y derramando lágrimas, le dijo: ¿por qué me has desamparado? *Cum clamore valido et lacrymis*. Así lo refiere S. Pablo. ¡Oh misterio de la cruz!<sup>1</sup> Jesus es inocentísimo, Jesus es el Hijo de Dios, Jesus es Santo, y el Santo de los santos; pero está cargado con la iniquidad y pecados de todos nosotros, y su Padre no lo perdona. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Ipse peccata multorum tulit*.<sup>2</sup> Dios á su propio Hijo no lo perdona, dice S. Pablo. *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit*. La justicia divina pide que se le castigue severísimamente, porque lo ve cargado con los pecados de todo el mundo, y Dios así lo castiga; y Jesus no hace mas que llorar y decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? O como estaba escrito en el salmo veintiuno, Dios, Dios mio, mírame ¿por qué me has desamparado?

En fin, despues de apurar hasta las heces el cáliz que le dió á beber su Padre, dijo el Señor: todo está consumado. Y clamando otra vez con voz fuerte le dijo á su Padre: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu.<sup>3</sup> Y despues bajando la cabeza entregó su espíritu, entregó al Padre su alma santa, y la tierra tembló, y se rasgó el velo del Templo en dos partes de alto á bajo, y se partieron las piedras y se abrieron los sepuleros.

Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes, para espacion de las maldades de mi pueblo lo he herido yo,

<sup>1</sup> Hebr. cap. 5. v. 7. —<sup>2</sup> Isaías. cap. 53. v. 6. —<sup>3</sup> Luc. cap. 23. v. 46. Joann. cap. 19. v. 30.

dice Dios. Así está escrito en la profecía de Isaias. *Generationem ejus quis enarrabit*.<sup>1</sup> ¿Pero la generacion suya quién la podrá explicar? Añade el Profeta. Quiere decir. He aquí un misterio muy grande. Misterio de una verdad divina que presenta una cosa que se vé, y oculta otra cosa que no se ve. El incrédulo no confiesa sino la cosa que ve; el que tiene fé cree la cosa oculta que no se ve. Pues he aquí un misterio muy grande en la pasion y muerte de Jesus. La cruz con todo su oprobio, y un cadáver con toda la flaqueza y miseria humana, es lo único que confiesa el que tiene fé. Decir como nosotros decimos con admiracion y reconocimiento que Jesus es un Dios crucificado: que tanta humillacion es prodigio de omnipotencia y de misericordia, y una manifestacion clara tanto de la justicia divina, como del excesivo amor de Dios para con los hombres, es para el incrédulo locura y necedad. Decir que Jesus crucificado es virtud de Dios y sabiduría de Dios: que lo obscuro de este misterio se ve claro con las profecías:<sup>2</sup> que cada profecía con su cumplimiento que fué perfecto; es una luz: y que las profecías todas enteramente cumplidas son una claridad plena, con la cual vemos los consejos de Dios, son cosas muy superiores á la triste capacidad de los que no tienen fé. Comparar las cosas espirituales á las espirituales, esto es, el antiguo Testamento al nuevo, no lo quieren hacer los que tienen su corazon malo de incredulidad. *In doctrina spiritus spiritualibus spiritualia comparates*.<sup>3</sup> Por esto les dice Isaias: *generationem ejus quis enarrabit*? Pero la generacion suya, ¿quién la podrá explicar? Quiere decir: murió Jesus en medio de los dolores de un cruel suplicio, condenado por jueces impíos, pero su generacion es divina: no es puro hombre, sino hombre Dios. Es Dios que en la eternidad nació del Padre: y es hombre que en

<sup>1</sup> Matth. cap. 27. vv. 51. 52. —<sup>2</sup> II. Pedr. cap. 1. v. 19. —<sup>3</sup> I Cor. cap. 2. v. 13.

el curso del tiempo nació de mujer Virgen, del cual modo solamente un Dios podía nacer. Es Dios que nació de Dios antes de los siglos. ¿Y cómo nació? Como emanación pura de la claridad de Dios: como evaporación limpiísima de la virtud de Dios: <sup>1</sup> como resplandor de la luz eterna. Nació en resplandores santos con magnífico esplendor é inmensa gloria, con sacratísima magestad y pureza divina, y poniendo el Padre en él todo su amor y complacencia infinita. <sup>2</sup> Nació como imagen semejantísima del Padre, <sup>3</sup> que perfectísima y sustancialmente representa al Padre. Nació como esplendor de la luz y entendimiento del Padre, y reflejando en él todas las perfecciones del Padre, y de la propia sustancia y de toda la sustancia del Padre. Ese Jesús, á quien le escupieron en la cara y le dieron golpes y bofetadas, á quien llenaron de afrentas é ignominias y de indignos ultrajes, á quien escarnecieron y azotaron: ese á quien llenaron de mil oprobios: ese Jesús á quien crucificaron, y ya crucificado lo blasfemaban, y lo burlaban y lo insultaban: ese Jesús á quien Dios dejó que padeciera toda la vergüenza y la ignominia de la cruz y todo el rigor de penas indecibles, y que derramando lágrimas le dijo á Dios, ¿porqué me has desamparado? Ese es el Hijo de Dios que nació en resplandores santos: el Verbo, que en el principio ya era: el Verbo que está en Dios, el Verbo que es Dios por quien fueron hechas todas las cosas, el cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos y encarnó de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre, y **FUE CRUCIFICADO BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO**: <sup>4</sup> ese Jesús es el Hijo natural y Unigénito de Dios. El mismo lo dijo, él lo reveló y lo demostró de una manera divina. Lo reveló con estas cla-

<sup>1</sup> Sap. cap. 7. vv. 25. 26. — <sup>2</sup> Psalm 109. vv. 1. 3. — <sup>3</sup> Matth. cap. 3. v. 17. — <sup>4</sup> Joann. cap. 1. vv. 1. 2. 3. 14.

risimas palabras: yo he bajado del cielo: yo soy el Hijo de Dios: el Padre que me envió él mismo ha dado testimonio de mí: <sup>1</sup> yo he venido en nombre de mi Padre: las obras que yo hago testifican de mí que el Padre celestial me ha enviado: yo y el Padre, somos una sola cosa.

Así decía ese Jesús, y hacía milagros para probar que decía verdad. Y por cuanto por haber dicho: *yo soy el Hijo de Dios*, lo llamaron blasfemo los Judios, les dijo: ¿al que el Padre ha santificado poniéndole en sus manos un poder superior á todas las fuerzas naturales, vosotros llamais blasfemo? Si no hago las obras de mi Padre, no me creais, y llamadme blasfemo. Mas si las hago, no me llameis blasfemo: si las hago, aunque á mí no me creais, creed á las obras, para que conozcais que soy el Hijo de Dios, y que el Padre está en mí, y yo en el Padre. <sup>2</sup>

Decía también: yo existo desde el principio: yo existía antes que Abraham fuera en el mundo: yo tuve gloria en mi Padre antes de la creación del mundo: descendí del cielo, y estoy en el cielo: todo lo que hace el Padre, lo hace también el Hijo como el Padre: mi Padre obra y yo obro: el Padre resucita á los muertos y les dá vida, así también el Hijo dá vida á los que quiere. <sup>3</sup>

Así reveló ese Jesús crucificado que él es el Hijo natural y Unigénito del Padre. Y lo demostró de una manera divina. Hizo milagros para probar que decía verdad; y los hizo portándose como un Dios, esto es, con potestad, con imperio, con solo decir una palabra, con solo quererlo. Resucitó á Lazaro, y al hijo de la viuda de Naim, y á la hija de Jairo, y sanó á un leproso, y á uno que tenía una mano seca, y al paralítico de la piscina, y al paralítico del Centurion, y á otro paralítico que descolgaron por un techo, y al hijo de un señor de la corte

<sup>1</sup> Joann. cap. 3. vv. 17. 18. cap. 5. vv. 36. 37. 43. cap. 6. v. 38. cap. 10. vv. 30. 38. — <sup>2</sup> Joann. cap. 10. vv. 30. 38. — <sup>3</sup> Joann. cap. 2. v. 13. cap. 5. vv. 17. 19. 21. cap. 8. vv. 25. 58. cap. 17. v. 5.

del rey, y lanzó á unos demonios, y convirtió en unas bodas el agua en vino, y apacigó una tempestad en el mar, y dió vista á un ciego de Jericó, y secó con una maldición á una higuera, y derribó en tierra á los que fueron á prenderlo con solo decir: yo soy á quien buscáis: jamás nazca fruto de tí: vee: calla, enmudece: sacad, y dad de beber: callate y sal de ese hombre: sal espíritu inmundo, yo te lo mando: tu hijo está bueno: levántate y anda: levántate y vete en paz: estiende tu mano: si quiero, queda curado: sea hecho conforme has creído que puedo hacerlo: á tí te hablo levántate: á tí te digo, levántate: Lazaro, ven fuera.

Y con la misma facilidad á la suegra de S. Pedro, y á una muger encorbada, y á un hidrópico, y á dos ciegos primero, y luego á otro ciego, y á uno á quien S. Pedro le cortó una oreja, y á un sordo-mudo de Decápolis, y á una enferma de flujo de sangre con solo tocarlos los sanó; y á diez leprosos que se le presentaron juntos, con solo despacharlos los sanó. La virtud de ese Jesus crucificado obraba siempre sanando á todos los enfermos.<sup>1</sup> Se llegaban á él muchas gentes que traían consigo mudos, ciegos, cojos, mancos, y otros muchos enfermos, y los echaban á sus pies y al momento los sanaba.<sup>2</sup> Rodeado siempre de multitud de gentes, todos los que padecían algun mal solicitaban tocarlo, porque salía de él una virtud que sanaba á todos.<sup>3</sup> Con esa virtud que salía de él, con ese poder que estaba en él, obrando por sí mismo, y en un solo instante, y de la manera mas perfecta, y con entera independenciam de todo ausilio extraño, y en su propio nombre hizo sus milagros ese Jesus crucificado. Luego es Dios.

¡Pues qué! ¿un Dios fué escupido en la cara? ¿A un Dios le dieron golpes y bofetadas?

<sup>1</sup> Luc. cap. 5. v. 17. — <sup>2</sup> Matth. cap. 15. v. 30. — <sup>3</sup> Luc. cap. 6. v. 19.

Si, un Dios fué escupido en la cara, á un Dios le dieron golpes y bofetadas, á un Dios escarnecieron y azotaron, y llenaron de afrentas é ignominias y de indignos ultrajes, y de mil oprobios; un Dios padeció la vergüenza y la ignominia de la cruz, y el rigor de penas indicibles. ¿En su naturaleza divina?

No, ese Dios que fué escupido, y golpeado, y escarnecido, y azotado, y lleno de afrentas y de mil oprobios, ese Dios que murió en una cruz, ES DIOS Y HOMBRE, y padeció y murió en su naturaleza humana, no en su naturaleza divina.

¿Pues cómo se dice que Dios padeció y murió?

Porque es Dios ese que padeció y murió. Y aunque padeció y murió no como Dios, sino como hombre, por cuanto no es dos, sino uno solo, un solo y mismo individuo, y este individuo es Dios, Dios padeció y murió. Este individuo es Dios porque es la persona del Verbo, y el Verbo es Dios.

Y vease aquí todo el misterio de nuestra redencion: ese hombre Dios llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz,<sup>1</sup> y sufrió los tormentos y la muerte, se entregó á sí mismo por nosotros, se ofreció á Dios, su Padre en expiacion de nuestros pecados:<sup>2</sup> y Dios, su Padre, abolió el decreto que habia contra nosotros, anuló, rompió el decreto de nuestra condenacion y lo clavó en la cruz.<sup>3</sup> Este es todo el misterio de nuestra redencion.

Ved ahora su virtud infinita: ese hombre-Dios obrando nuestra redencion, lavó nuestros pecados, con su sangre, nos compró con grande precio,<sup>4</sup> nos reconcilió con Dios,<sup>5</sup> nos libró de la esclavitud del diablo, y de las penas del infierno,<sup>6</sup> nos mereció la salvacion, y nos abrió las puer-

<sup>1</sup> I Petr. cap. 2. vv. 22, 24. — <sup>2</sup> Ehes. cap. 5. v. 2. — <sup>3</sup> Colos. cap. 2. vv. 13, 14. — <sup>4</sup> Apoc. cap. 1. v. 5. I Cor. cap. 6. v. 20. — <sup>5</sup> Colos. cap. 1. v. 20. — <sup>6</sup> Joann. cap. 12. v. 31.

tas del cielo para que recibamos allá una herencia eterna.<sup>1</sup>

Por el pecado estábamos bajo el poder del Diablo, que reinaba interiormente en nosotros; mas ese hombre-Dios obrando nuestra redencion, arrojó fuera de nosotros al diablo, *nunc princeps hujus mundi ejicietur foras*.<sup>2</sup> Podemos ser tentados por él, podemos ser atacados, pero no vencidos, si nosotros no queremos ser vencidos, porque la virtud de la redencion nos dá para ello las virtudes necesarias.<sup>3</sup>

Por nuestros pecados eramos enemigos de Dios, y Dios era enemigo de nosotros, eramos deudores á su justicia y reos de maldicion eterna. Dios era para nosotros un acreedor, y la parte ofendida, y un juez que tiene poder y derecho para castigar con los tormentos del infierno; mas ese hombre-Dios, obrando nuestra redencion, setisfizo muy superabundantemente por nosotros, reparó toda la injuria hecha á Dios por los pecados pasados, presentes y futuros, y sufrió los tormentos y la muerte que son la pena que la justicia de Dios les impone. Y con esto Dios no es ya para nosotros un enemigo, porque nos reconcilió con él ese hombre-Dios: Dios no es ya para nosotros un acreedor, porque le está pagada toda la deuda: Dios no es como era la parte ofendida, porque su ira está ya satisfecha: Dios no es ya un juez que castiga con penas eterna, porque está expiado todo el reato de nuestras culpas. Tan llena, tan cumplida así es la satisfaccion que dió el Redentor en la cruz, pagando con su sangre el precio de nuestros pecados. El Padre no tiene mas que pedir, aun cuando quiera tratarnos con todo el rigor de su justicia. Su justicia está satisfecha con una satisfaccion colmadísima, copiosísima y abundantísima. Dios por la pasion y muerte de su Hijo nos perdona no por

<sup>1</sup> Hebr. cap. 9. v. 9. cap. 9. vv. 8. 15. —<sup>2</sup> Joann. cap. 12. v. 31.  
—<sup>3</sup> Ephes. cap. 6. vv. 11. 18.

liberalidad, sino en fuerza de una rigorosa justicia. Su Hijo en la cruz se puso en lugar de nosotros por una verdadera sustitucion; y como su persona es de dignidad infinita, muriendo en nuestro lugar, le dió á su Padre una satisfaccion personal que con toda igualdad de justicia compensa las injurias que nosotros personalmente le hemos hecho á Dios con nuestros pecados. Obedeciendo á su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, le dió tanto honor quanto es bastante para que quede vengada su justicia, que nosotros hemos irritado desobedeciendolo con nuestros pecados. Una sola vez murió y se ofreció el Redentor por todos; y con esta sola oblacion, con este solo sacrificio pagó tan abundantemente toda la deuda, tanto la temporal como la eterna que todo el género humano tiene contraída con Dios, que Dios no tiene ya que pedir sino que los hombres se hagan participantes de esa copiosísima satisfaccion, y redencion recibiendo los Sacramentos y haciendo buenas obras con su gracia.

Todo esto hace la virtud infinita de nuestra redencion. Todo esto viene de esa víctima que es tan grande como Dios, víctima igual á Dios, víctima que es un Dios sacrificado á Dios. Y solo una víctima tan excelente y de dignidad infinita podia dar á Dios una satisfaccion digna, capaz de aplacar su ira, y expiar una injuria en cierto modo infinita, porque infinita era la dignidad de la persona ofendida. Sin una víctima tal, sin un Redentor que fuera Dios, ¿qué podríamos los hombres dar á Dios por la redencion de nuestras almas? Sin un Dios que hiciera suya nuestra naturaleza, y la elevára hasta divinizarla, ¿cómo podríamos nosotros con nuestra naturaleza corrompida y degradada por el pecado vencer al autor de la muerte y del pecado? Pero un Dios se hace hombre, y ved aquí que ese hombre que no es puro hombre, sino hombre-Dios, ese hombre á quien no puede contaminar el pecado ni detener la muerte, con la virtud divina que

á los que tenemos su naturaleza humana nos comunica, nos hace capaces de vencer tambien nosotros al autor de la muerte y del pecado. Un Dios hace suya nuestra naturaleza, un Dios se hace hombre: y ved aquí ese hombre, que no es puro hombre, sino hombre-Dios, capaz de aplacar la ira de Dios, y redimirnos. Este hombre-Dios como hombre sufre los tormentos y la muerte que merecen nuestros pecados: y como Dios da un valor infinito á sus tormentos y á su muerte: y con este valor infinito satisface á su Padre por nosotros. Este hombre-Dios padece en su carne, no en su divinidad, pero de tal modo padece en su carne que en su misma pasion su divinidad no se separó de su carne. De aquí es que el valor infinito de sus tormentos y de su muerte viene juntamente de la carne y de la divinidad de ese hombre-Dios. ¡Oh! Con razon dice S. Pablo: la palabra de la cruz, (esto es, un Dios hecho hombre, muerto sobre una cruz para dar vida al género humano), es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la fuerza y la virtud de Dios; es la sabiduría de Dios, es el medio omnipotente y eficaz de que se vale para obrar nuestra salud.<sup>1</sup>

¡Y qué, abierta para los hombres la entrada en el reino de los cielos por la redencion de nuestro Sr. Jesucristo, no tenemos ya mas que entrar? ¡Estando redimidos, nada tenemos que hacer?

Si tenemos que hacer. El Redentor satisfizo por nosotros no de modo que sin hacer nada nosotros, consigamos la salvacion. Satisfizo por nosotros para que con la satisfaccion que le dió á su Padre tengan valor nuestras buenas obras, y la satisfaccion que debemos á Dios por nuestros pecados. El Redentor satisfizo por nosotros; mas quiere que satisfagamos tambien con él nosotros: quiere

<sup>1</sup> I Cor. cap. 1. v. 18.

que así aparezca mas esclarecida y mas ilustre la obra de nuestra redencion: pues tanto mas esclarecida, mas copiosa y mas ilustre aparece la obra de nuestra redencion, cuanto no solo satisfizo él por nosotros, sino que tambien nos da virtud para que satisfagamos con él nosotros y merezcamos la vida eterna. Con este fin ganó para nosotros, haciendose él nuestra cabeza, y haciendonos á nosotros sus miembros, el que nuestras acciones que por sí solas son del todo indignas de la estimacion de Dios, por la virtud de su satisfaccion perfectísimas se hagan de mucho valor delante de Dios: y se hacen: y satisfacemos á Dios haciendo frutos dignos de penitencia, que sacan del mismo Redentor toda su fuerza y todo su mérito, y que son ofrecidos por él á Dios, su Padre, y por él le son aceptos y agradables: <sup>1</sup> satisfacemos á Dios con nuestra oracion, con nuestra limosnas y ayunos, con nuestras mortificaciones y asperezas de cuerpo, y tambien con los trabajos que Dios nos envia, si los llevamos por su amor en paciencia. Nuestros pecados son un reato personal que tenemos para con Dios, porque son injurias que nosotros hemos hecho á Dios; y claro es que cuando hay una injuria personal, no basta el que un Redentor ó Mediador dé una satisfaccion á la parte ofendida por la injuria que otra le hizo; sino que se requiere ademas el que el ofensor satisfaga por su parte: se requiere que no disienta del Mediador, sino que esté unido á él en sentimientos, y que por tanto se arrepienta de la injuria que hizo, y dé con esto una satisfaccion, y proteste que quiere volver á la gracia de la persona á quien ofendió y que lo manifieste así con las obras protestando que se abstendrá en lo de adelante de hacerle ninguna ofensa. Y si rehusa hacer esto el ofensor, y antes hace todo lo contrario añadiendo nuevas injurias, cla-

<sup>1</sup> Concil. Trid. ses. 14. caps. 8. 9. can. 13. Catec. Rom. part. 2. cap. 5. par. 18. 72. 74. 75.

ro es que aunque sea de gran precio la satisfacción que ofrezca un Mediador nunca conseguirá el ofensor ni gracia, ni reconciliación porque así lo pide la razón y la justicia. Además: un Mediador puede imponer las condiciones que quiera á aquellos á quienes va á servir de Mediador para salvarlos de un gran castigo: y las condiciones impuestas á nosotros por nuestro divino Mediador para que participemos del fruto de su mediación, son estas: que satisfagamos con él nosotros: que cada uno de nosotros tome su cruz y lo siga que amemos á Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como á nosotros mismos, y que guardemos sus otros mandamientos. Y para cumplir con estas condiciones, hemos de estar unidos á nuestro Mediador por medio de una fe viva, como están unidos los miembros de un cuerpo á su cabeza *Christus caput est ecclesie: ipse salvator corporis ejus.*<sup>1</sup> Y unidos á nuestro Mediador por medio de una fe viva por las buenas obras, amamos á Dios con todo nuestro corazón, y este amor necesariamente va junto con el dolor de haberle ofendido, y el dolor de haberle ofendido necesariamente va junto con obras de satisfacción: y con obras de satisfacción, con dolor de haber ofendido á Dios, y con amor á nuestro Sr. Jesucristo, verdaderamente nos unimos á él como miembros á su cabeza; y entonces sí, sus méritos son nuestros, nuestras buenas obras son de mucho valor delante de Dios, y nada tiene que ver la justicia de Dios con nosotros, y no tenemos mas que entrar al reino de los cielos cuando Dios nos saque de este mundo. Los que así salen de este mundo, pero que por no haber tenido tiempo van debiendo la pena temporal ó satisfacción que debían dar á Dios por sus pecados, van primero á un lugar que se llama el Purgatorio, allí pagan la pena temporal que iban debiendo, y luego van al cielo. Pero si no cumplimos aquellas condi-

<sup>1</sup> Ephes. cap. 5. v. 23.

ciones que nos impone nuestro divino Mediador, seremos condenados á los castigos eternos, como si no hubiera habido redención. Así lo dispuso Dios muy justamente, porque en verdad quedaria envilecido el precio de nuestra redención, si participáramos de él sin arrepentirnos de nuestros pecados; fuera envilecida la gloria de Dios si entráramos en ella sin haber tenido en nuestro corazón la virtud de la penitencia. Llevarnos Dios á su reino, y darnos parte en la herencia de su Hijo, sin arrepentirnos nosotros de nuestros pecados, y sin hacer penitencia de nuestra mala vida, no es digno de Dios. Pero todo nos lo mereció la misma redención. Nos mereció que Dios nos infunda la virtud de la fe y la virtud de la penitencia: nos mereció la gracia de participar de los Sacramentos, y la gracia de la justificación que nos dá fuerzas para hacer buenas obras. Nuestro Sr. Jesucristo obró nuestra redención, y estableció los Sacramentos, y con ellos dejó en nuestras manos los medios de aplicarnos dignamente los efectos divinos de esa eterna redención.

#### CAPÍTULO XXXIV.

##### DOCTRINA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ACERCA DE LA SANTÍSIMA EUCHARISTÍA.

Ved aquí un grande misterio, la Santísima Eucaristía que es el Sacramento y el Sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Sr. Jesucristo. Es Sacramento porque contiene real y verdaderamente el cuerpo, y la sangre, y la alma y la divinidad de nuestro Sr. Jesucristo bajo las especies de pan y vino. Y es sacrificio porque el cuerpo y sangre de nuestro Sr. Jesucristo son verdaderamente ofrecidos á Dios Padre para tributarle la mas agradable acción de gracias que se le puede tributar. Eso significa la palabra Eucaristía acción de gracias.